Fernando Villalón, el amigo desconocido de Pablo Neruda

La crítica nerudiana no se ha preguntado por este amigo desconocido que hace una única y fugaz aparición en la poesía de Neruda, concretamente en el poema a Rafael Alberti, en «Los ríos del canto» del *Canto general:*

> Rafael, antes de llegar a España me salió al camino
> tu poesía, rosa literal, racimo biselado,
> y ella hasta ahora ha sido no para mí un recuerdo
> sino luz olorosa, emanación de un mundo.
> (...)
> Volverás, volveremos. Quiero contigo un día
> en tus riberas ir embriagados de oro
> hacia tus puertos, puertos del Sur que entonces no alcancé.
> Me mostrarás el mar donde sardinas
> y aceitunas disputan las arenas,
> y aquellos campos con los toros de ojos verdes
> que Villalón (amigo que tampoco
> me vino a ver, porque estaba enterrado)
> tenía, y los toneles del jerez, catedrales
> en cuyos corazones gongorinos
> arde el topacio con pálido fuego.

¿Quién es este misterioso amigo que no vino a verle porque ya estaba enterrado?

Fernando Villalón-Daoiz y Halcón, conde de Miraflores del Campo (aunque como dijo Gómez de la Serna «siempre nos lo tuvo callado», 454), «finísimo ganadero sevillano de reses bravas, brujo, espiritista, hipnotizador» (Alberti 1980:5) y, además, para Ignacio Sánchez Mejías, «el mejor poeta novel de toda Andalucía». Así se lo presentó el torero sevillano a Rafael Alberti. Lo de poeta novel, comenta Alberti, iba sin el menor «asomo de chufla» (1980:6). El mismo Villalón, en una carta a Gerardo Diego (quien le había llamado «poeta no profesional»), le dice: «Eso soy yo, un aficionado del grado cuarto: el arrepentido tardío. Qué bien ha visto la preocupa-

ción del que tantea borracho de miedo a un ridículo que sus años y su bagaje de cosas pudiera sufrir más bien que sus versos» (Diego 453).

Villalón, caso peculiar en la poesía española, no descubrirá seriamente su vocación poética sino hasta ya muy pasados los cuarenta años y aunque es de una generación anterior a los del 27, de la misma generación que Juan Ramón Jiménez y Ortega y Gasset, aparecerá en la *Antología* de Gerardo Diego (1932) como un miembro más del 27. Sánchez Mejías, gran admirador de su poesía (culta-popular)[1] y del carácter antiseñoritil de Villalón, fue quien los presentó al grupo del 27 en un homenaje al torero Joselito que Sánchez Mejías había organizado en Sevilla. De allí arrancó la amistad de Villalón con Alberti, Bergamín, Diego, Salinas.

En la imprenta malagueña *Sur* de Emilio Prados, se publicaron dos de sus libros: *La toriada*, en 1928 y, el más conocido, *Romances del 800*, en 1929. De Villalón se cuentan numerosas y divertidas anécdotas: «Gran hombre y gran anecdotario» lo llama Gómez de la Serna (454). «Una colección de anécdotas de Villalón —comenta Gerardo Diego—, una floresta de sus dichos valdría por la mejor biografía» (452).

Se contaba de él, realidad o fantasía, que para alcanzar el nirvana había pasado más de seis meses en un sótano oscuro, acompañado de una cabra y un sapo, alimentándose exclusivamente de verduras. También, que sus artes de magia le hacían ver cuadros de Murillo debajo de cualquier óleo viejo y que en su casa tenía cuadros quemados (y hasta agujereados) por el ácido empleado en disolver la primera capa de pintura que ocultaba la preciada «firma». (Luego, en el testamento, se supo que tenía algún que otro cuadro de Murillo, no se sabe si comprados o heredados o descubiertos por sus artes mágicas). Con Valle Inclán, según cuenta Gómez de la Serna, «intercambiaba mentiras, y don Ramón le hablaba de las flores misteriosas y fosforescentes que había en su pazo, y él entonces le contaba cosas de los patos misteriosos de las marismas que corren con pies de fantasmas» (460).

Cuando le conocieron Alberti y los demás del 27, ya estaba completamente arruinado. Negocios «absolutamente poéticos», los llama Alberti, le llevaron a la ruina. Se decía que vendió magníficas tierras de olivares por un islote arenoso en la desembocadura del Guadalquivir, que lo ocultaba al subir la marea, porque allí se encontraban las famosas nereidas que citara Bécquer en sus *Rimas*...

«Y aquellos campos con los toros de ojos verdes...», dice Neruda en el poema mencionado. ¿Metáfora nerudiana esos «toros de ojos verdes»? No; este verso hace referencia a un hecho muy concreto que llamó fuertemente la atención de Neruda y recordará muchos años después: el negocio absolutamente poético que hizo Villalón fue querer crear una ganadería de toros

[1] *«Federico García Lorca, Fernando Villalón y yo —dice Alberti— (...) somos los más contagiados, los más ahijados de Lope» (Alberti 1976:54).*

bravos con ojos verdes y sangre de búfalo, «con los cuernos de grave media luna, con el corte del afilado menguante en los cielos de Andalucía» (Gómez de la Serna 455).

Manuel Halcón, pariente de Villalón, especifica: «Se ha dicho que Villalón perseguía criar toros con ojos verdes. Si lo dijo sería una broma más de las que prodigaba. Él sabía mucho de genética para creer en ello. Lo que sí perseguía con ahinco es sacar toros con la característica de la antigua ganadería saavedreña que presentaban como un aro verdoso en el arranque de los cuernos» (Halcón 13).

El caso es que, con ojos o cuernos verdes, lo consiguió. Para ello había ido buscando el cruce con los toros más antiguos de España, los que quedaban de la antigua Tartesos. «Toros de etimológica y mitológica estampa» (Gómez de la Serna 455). Pero fracasó. Y el fracaso del ganadero provino de algo con lo que él nunca había contado y es que a la vista de tales toros, casi mitológicos, los toreros les tuvieron miedo. Y dijeron que no. Que no los toreaban. «—Nada, chiquillo —le decía el gran Belmonte, el valiente— que no se les puede torear... Que serían ellos quienes torearían y estoquearían al torero» (Gómez de la Serna 455). Rafael «El Gallo» le dijo: «*Usté* lo que *tié que hacé e sacá* toros que no meneen la cabeza en el capote; y los cuernos déjelos *usté* en paz» (Halcón 13). Y los «toros de ojos verdes» conseguidos con paciente búsqueda y cruce no fueron muertos en la plaza por el estoque del matador sino por la puntilla del matadero adonde tuvo que llevarlos Villalón para venderlos como carne para el mercado.

Villalón, completamente arruinado (Alberti se encontró con él inesperadamente en Madrid yendo Villalón a casa de un amigo a pedirle dinero prestado para ir a operarse) murió en el sanatorio, a los pocos días del encuentro con Alberti, en febrero de 1930[2].

«Villalón (amigo que tampoco/ me vino a ver, porque estaba enterrado)». Pero, ¿cuándo conoció Neruda a Villalón? Efectivamente, Neruda nunca conoció a su «amigo» Villalón. Cuando Neruda llega a España en 1934, Villalón ya lleva cuatro años enterrado. Aunque sí había oído hablar de Villalón. En las lejanas tierras de Asia oyó Neruda por primera vez de Villalón.

Es importante destacar que durante sus cinco años de destierro y soledad, Neruda establecerá grandes amistades epistolares en diferentes y lejanos lugares de la geografía. Una de esas amistades es el caso del argentino Héctor Eandi y, la otra, la ya sabida de Rafael Alberti quien abrió a su poesía las puertas de Madrid. A comienzos de 1930 empieza la correspondencia entre los dos: el manuscrito de *Residencia en la tierra*, el anuncio por parte de Alberti de su publicación en Madrid, luego en París, luego en ninguno de los dos sitios, el envío de un diccionario, y el intercambio

[2] *Juan Ramón Jiménez seis años después de la muerte de Villalón publicó en* El Sol, *8 de marzo de 1936, un artículo titulado «Sonrisas de Fernando Villalón, con soplillo distinto». Villalón había sido condiscípulo de Juan Ramón Jiménez por cinco años, de 1889 a 1894, en el Colegio de San Luis Gonzaga, en el Puerto de Santa María. Para celebrar el homenaje del aniversario de su muerte. Alberti y posiblemente Bergamín fueron a pedirle a Juan Ramón unas anécdotas de Villalón de sus años de colegial. Juan Ramón Jiménez, que por los años que publica las anécdotas, marzo de 1936, ya había declarado la guerra a la «poesía impura». Se puede apreciar en la introducción que Juan Ramón Jiménez hace a las* anécdotas, *cierto tono de resentimiento: «En febrero de 1931, dos amigos de Fernando Villalón y míos,* según ellos me decían *—subrayado mío—, llegaron precipitadamente a mi casa, una noche, a pedirme "unas anécdotas de la vida colegial de Fernando", para el homenaje que un grupo de escritores pensaba dedicarle en el primer aniversario de su muerte. Me contaron el proyecto: Lápida en la casa donde vivió Villalón en Sevilla; romances de Villalón con ciego, cartel y hoja de colores, por las plazas de Morón, su alto pueblo; veladas en la Universidad y en el Ateneo sevillanos; fiesta nocturna, cante jondo y jaleo, en Pinomontano, la finca de Ignacio Sánchez Mejías (p.e.p.d.) ante el espíritu de Villalón, que lo había de oír y ver todo (no hay que ol-*

de poesías. Haciendo referencia a esto último comienza el poema del *Canto general* dedicado a Alberti:

Rafael, antes de llegar a España me salió al camino tu poesía.

Entre los poemas que recibe Neruda de Alberti se encuentra la elegía a Fernando Villalón que Alberti acababa de escribir con el título, muy del gusto nerudiano, «Ese caballo ardiendo por las arboledas perdidas». *(La arboleda perdida,* «melancólico lugar de retamas blancas y amarillas», llamará Alberti a su libro de memorias). Es la época en la que Alberti ha abandonado el metro clásico y comienza a escribir «versos de más de cien sílabas». Del primero de enero de 1930, data su famosa «Elegía cívica» (subtitulada «Con los zapatos puestos tengo que morir», que marca el nuevo rumbo: «Será en ese momento —empieza esta elegía— cuando los caballos sin ojos se desgarren las tibias»).

La parte central de la elegía a Villalón está estructurada alrededor de las doce campanadas de un reloj:

Y es que éste fue uno de los enterrados con el reloj de plata en el bolsillo bajo el chaleco.

No se debe este largo verso, como tampoco «aquellos campos con los toros de ojos verdes», a la imaginería del poeta, sino a un hecho real, que es de donde arranca (con todas las posibilidades de asociaciones poéticas: tiempo-máquina del tiempo-muerte) la estructura profunda del poema.

Hablando de la poesía de Villalón, dice Alberti que su mejor poema se conocería después de su muerte. Su testamento: además de maldecir a su hermano Jerónimo hasta la quinta generación, ya que él había sido el causante de muchas de sus desgracias, y dejar los famosos cuadros de Murillo «a esa buena mujer, la gitana Conchita, la humilde compañera de toda la vida», pedía (fue su última voluntad) que le enterrasen con el tic-tac de su reloj como único acompañante en su último viaje.

> Para que a la una en punto desaparecieran las islas,
> para que a las dos en punto a los toros más negros
> se les volviera blanca la cabeza,
> para que a las tres en punto...,

sigue el poema de Alberti.

«Nadie sabe lo que se traga la tierra», le había dicho Villalón a Salinas (Gómez de la Serna 459).

Dos de los poemas escritos por Neruda en España fueron dedicados a dos poetas españoles: a García Lorca y a Villamediana. Inmediatamente seguido de este último aparece un poema misteriosamente titulado: «El reloj caído en el mar», en el que el mar residenciario, que hasta entonces había resistido los embates destructores del tiempo, ahora se muere de tiempo:

vidar que Villalón era espiritista); otras cosas más. Y tuvieron la bondad de invitarme a ir y volver con ellos, en avión, a Sevilla. Yo, muy agradecido, por tales atenciones, les dije que a mi modo de ver, el mejor homenaje sería: Trasladar el cuerpo de Fernando Villalón a la tierra de Morón o Sevilla, ya que él tenía tanto horror a estar sepultado en Madrid y en nicho, como fatalmente estaba; recojer en un libro su obra literaria y los escritos sobre él lo más completo y exacto posible; y una tercera intención más íntima, de carácter muy delicado, que no es sitio de repetir. Les dije que, puesto que muchos de los amigos de Villalón eran personas pudientes, todo esto podría conseguirse sin dificultad; y que yo sentía no poder acompañarles personalmente, pero que les escribiría con mucho gusto las anécdotas que deseaban, para que se leyesen en cualquiera de las veladas. Quedaron en volver o telefonearme. No volvieron ni me telefonearon. Debió faltarles tiempo. Las anécdotas que siguen, y la nota última, es lo que escribí para aquel homenaje que ellos y los otros cumplieron con arreglo a su programa. De lo que dieron fe, por aquellos días, con literatura y retratos de todos, y también del pobre Villalón, algunos periódicos».

una triste tumba que los peces recorren,

donde

El reloj que en el campo se tendió sobre el musgo
y golpeó una cadera con su eléctrica forma
corre desvencijado y herido bajo el agua temible.

Es por esto que al leer este poema, como homenaje tardío ocultamente ofrecido, habría que recordar a Fernando Villalón, fracasado ganadero, antiseñoritil, ferviente republicano —«Hasta que tú no veas a la guardia civil gritando por las calles viva la República, todo seguirá igual», había dicho a Alberti—, ocultista, supersticioso, conocedor de los astros y lector de manos, el «arrepentido tardío», el mejor poeta novel de toda Andalucía, el amigo desconocido, del que un día cualquiera en unas tierras lejanas escuchó Neruda el tic-tac de su reloj cayendo bajo tierra, y que no vino a verle, porque ya estaba enterrado.

Pedro Gutiérrez Revuelta

Obras citadas

ALBERTI, RAFAEL. «Lope de Vega y la poesía contemporánea». Cito por Antonio Blanch, *La poesía pura*, Madrid: Editorial Gredos, 1976.

———. «Apuntes para un retrato de Fernando Villalón». *Litoral*, Málaga, núms. 97-98-99, 1980.

DIEGO, GERARDO. *Poesía española contemporánea*. Madrid: Taurus, 1972.

GÓMEZ DE LÁ SERNA, RAMÓN. *Retratos completos*. Madrid: Aguilar, 1961.

HALCÓN Y VILLALÓN-DAOIZ, MANUEL. «Nota breve sobre Fernando Villalón». *Litoral*, Málaga, núms. 97-98-99, 1980.